

El Buddha-Dharma en Piloto Automático I

[Keith Dowman]: Bienvenidos al Mandala de Dzogchen. Pido disculpas por este retraso; parece que hoy en día es necesario con la parte técnica, pero es incluso más fácil que trabajar con una hoja de papel. Debo decir, ante todo, que me siento muy a gusto en este templo. No hay barreras acá. No estamos apegados a las palabras que marcan la diferencia; en cambio, nos unimos en la vibración que trasciende esas diferencias. Y eso dice mucho. Lo que estamos evocando acá es la similitud, o la identidad, entre el Dzogchen y el Mahamudra. Cualquier diferencia que haya entre ambos, dejémosla atrás, en los Himalayas. Es una identidad existencial lo que estamos celebrando, y "celebración" es una buena palabra para este encuentro. Deberíamos celebrar esta identidad a través de la meditación o, mejor dicho, de la no-meditación.

Se trata de la identidad de la conciencia que no tiene nombre. En la medida en que haya algo que hacer, es observar las palabras que se dicen y se escuchan. Lo que nos preocupa es la identidad que hay en ellas, identificando todo como conciencia. ¿Podemos definir al Dzogchen como una etapa de la conciencia? Eso abarca mucho, pero quizás no sea suficiente, porque aquello de lo que somos conscientes no se separa de la conciencia misma. Sin embargo, esa identidad es lo importante. Estamos identificados con esa conciencia. Y si hay una puerta de entrada, es la que llamamos trekchö. Es una palabra que se puede traducir como "avance total" o "ruptura": romper con la especificidad del momento. Trekchö es la forma de meditación que vamos a practicar, aunque no me gusta mucho la palabra "práctica". Mientras estamos practicando, todavía tenemos que establecer la identidad con la meta; el Dzogchen trata de identificarse con la meta acá y ahora: la celebración.

Celebramos este encuentro de mentes. Realmente no hay diferencia entre este momento de congregación y el resto de las 24 horas del día. La conciencia es la clave; la conciencia es el continuo a lo largo de los 365 días del año. Todo es lo mismo. Nos identificamos con esta "mismidad", con esta "talidad". Es la conciencia la que constituye la constancia del continuo. Llámela luz; no luz eléctrica ni luz solar, sino la luz de la mente. No confundamos la luz de la conciencia con la luz del sol. ¿Podemos llamarla claridad? No tiene características. Pero miremos el acá y ahora. El tiempo es momentáneo. Ahí es donde se encuentra la claridad. Lo que uno encuentra es espaciosidad o, como dicen los budistas, vacuidad. No hay nada

allí en absoluto. Si intentan señalarla o fijarla, no lo van a lograr. Si quieren comunicar una cierta emoción o un estado mental, pierden esa esencia atemporal en el proceso.

Entonces, ¿por qué no simplemente relajarse en la naturaleza de la mente y observar lo que surja en el océano? Esa es la meditación trekchö: simplemente sentarse, sin hacer nada, observando los colores, escuchando los sonidos. ¿Qué marca la distinción entre nosotros, identificados con esa conciencia, y el estado samsárico ordinario? Seguramente debe haber una diferencia entre "nosotros" y "ellos". Esa es otra forma de preguntar: ¿cuál es la diferencia entre el samsara y el nirvana? Sin duda, la palabra "realización" indica un evento, un modo de conciencia. Pero si intentan fijarla, se encontrarán de nuevo en ese lugar donde no se puede decir nada: el inexpresable acá y ahora, donde hay claridad y vacuidad.

Ahí también es donde surge la compasión. En el Vajrayana, esta palabra es quizás la más importante. Es la cualidad del conocimiento que trae consigo una ausencia de apego. Si no hay apego, no hay posibilidad de ponerle una palabra. ¿Es "preciosidad", "espaciosidad" o un "sentido de unidad"? La metáfora es ese "sentimiento del corazón" que nos une, el sentimiento de identidad completa. Creo que lo que caracteriza primordialmente al Dzogchen es una "ausencia de identidad" en el sentido del ego. Es la esencia de todas las escuelas budistas. No se puede fijar porque es un flujo de conciencia, un cambio constante. Lo único constante es la claridad, que no tiene más características que el cambio constante. Esto es simplemente el reconocimiento de ser humano. Todos los seres sintientes tienen esta sensibilidad. No se pueden acercar ni alejar de ella; es absoluta.

¿Necesitamos la "realización" de ser humanos para despertar? ¿Qué podemos hacer para reconocer el hecho de ser humanos, para despertar ese sentido de claridad? Empezando por la comprensión básica de la ignorancia —que no solo es una necedad, sino que es disfuncional—, el hecho de estar vivos y ser humanos es en sí mismo el reconocimiento de esa claridad. No hay nada que hacer ni a dónde ir para realizarla, solo ponerla en perspectiva, llevarla a la conciencia. Sean cuales sean sus características —ya sea rojo profundo, púrpura, azul o los colores del samsara—, sigue siendo realizada por la claridad de la mente. A veces esos colores profundos se vuelven más claros, como los colores del arcoíris, pero sigue siendo la misma conciencia.

Surge la pregunta: ¿podemos perderla? ¿En todas partes? ¿En el sueño o en la inconsciencia? Eso ciertamente plantea el interrogante. El Dzogchen —la Gran Perfección, la Gran Consumación— es el reconocimiento de cualquier cosa que surja como conciencia. Eso es la realización. ¿Acaso la infancia implica una ausencia de esa conciencia? ¿Implica la vejez una ausencia de esa luz? Desde el

nacimiento hasta la muerte, la luz es presencia. Ya sea la "luz de una vela" de la infancia o la abundancia o falta de luz en la vejez, se trata solo de diferentes relaciones con la misma luz. Esa luz es la humanidad. Identificarse con esa luz es la práctica del Dzogchen y del Mahamudra: la realización no dual. No hay diferencia entre la luz en la práctica y la luz en el resultado. Usamos la palabra "práctica" simplemente por humildad.

Quizás marcamos una distinción entre la claridad constante y la "pesadez" que viene con la ignorancia. Aceptamos la alegría, pero no podemos aceptar el enojo. Nos identificamos con la alegría, pero dejamos al enojo de lado, separándonos de él. Acá hay una distinción importante: nos identificamos con lo que es fácil y rechazamos lo que es difícil. Pero la realización del Dzogchen nos pone en una posición en la que no importa cuán brillante o sombría sea la luz, o cuán profundo sea el sufrimiento; la identificación es la misma. Es simplemente más de lo mismo en un color diferente. "Vaciar las profundidades del infierno" es un ritual en la meditación gradual donde las imágenes de los reinos infernales se convierten en un mero "juego", tal vez un juego de otro calibre o que proviene de un karma diferente, pero que sigue siendo un mero movimiento en la conciencia básica.

Podemos distinguir entre experiencias pacíficas y activas. En el Vajrayana, las experiencias pacíficas se comunican a través de deidades pacíficas, mientras que las experiencias activas o "rudas" se comunican como deidades coléricas. Pero lo pacífico y lo colérico son simplemente manifestaciones diferentes en la misma conciencia inmutable. Si nos identificamos con esa conciencia, entonces podemos viajar por la "rueda de la vida", incluso por los reinos inferiores, a través de las manifestaciones de los celos, el enojo o la estupidez. Las vemos simplemente como diferentes aspectos del arcoíris. Esto se aplica no solo a los reinos desagradables, sino también a los reinos de los dioses y del placer. No hay fin para lo que podemos experimentar, desde el placer perfecto hasta el odio perfecto. Identificados con la conciencia básica, estas son solo diferentes tipos de "películas".

Cuanta más experiencia tengamos moviéndonos en esos reinos y descubriendo que son, en esencia, vacuos, más podremos incluirlos en nuestro marco de referencia: en nuestra experiencia onírica o en nuestras manifestaciones diarias. ¿Hay una "progresión" acá? Externamente puede parecerlo, pero en el momento, estamos identificados con diferentes cualidades de experiencia y, aun así, todo es libre. No hay ningún lugar en la rueda de la vida con el que no podamos identificarnos. Desde afuera parece doloroso, pero si uno está "en eso", es libre. Identificarse con la conciencia es la realización; es la puerta de entrada. Dejamos atrás las identidades limitadas —género, familia, nación, identidades emocionales o intelectuales— y nos identificamos con la conciencia en lugar de con la forma.

La conciencia trasciende la personalidad y el sentido del "yo" y lo "mío". Estamos renunciando al control, pero lo que ganamos es una conciencia que incluye todo lo que es humano. Los tibetanos han ritualizado esta realización como "Wang" o "Wangkur": niveles de iniciación que se refieren a diferentes dimensiones de la mente. Al ritualizarla, el intelecto puede asimilarla de alguna manera, aunque sea solo simbólicamente. Muchos de ustedes han experimentado la ceremonia del "Wang". No es solo un encuentro religioso; hay una semilla de trascendencia que permite que suceda. En el ritual, ese sentido de identidad con el núcleo no dura mucho, no tanto como la identidad con la naturaleza de la mente alcanzada en la no-meditación. Pero esa identidad con la trascendencia es vital. En la medida en que nos identifiquemos con ella, estamos dentro del Mandala de Dzogchen.

Esa confianza nos permite incluir incluso las experiencias kármicas más difíciles o "apestosas", las más antisociales o autodestructivas. Podría parecer un proceso de mayor aptitud, pero no es así como se siente. Cada momento es una puerta abierta de par en par al Mandala de Dzogchen. Cada vez que sienten esa trascendencia, se fortalece esa identificación. No quiero dar la impresión de un proceso "escalonado"; incluso el momento de trascendencia es absoluto. La identidad con la naturaleza de la mente —el Mandala de Dzogchen— es una experiencia atemporal.

En mi experiencia personal con los lamas Nyingma de Dzogchen, hay un nivel de comunicación que se caracteriza por la simplicidad. "Directo" es una buena palabra: un intercambio franco sin competencia ni búsqueda de "logros". Parece un resultado espiritual, un estado de ser que surge sin causa ni efecto. No es algo hacia lo que uno trabaje subiendo una escalera espiritual hacia la Budeidad; es el reconocimiento del acá y ahora. Es simplemente la aceptación de lo que recibimos a través del nacimiento humano.

Este acto básico de realización se llama trekchö, que se traduce como "simplemente sentarse", sin hacer nada en absoluto. ¿Es un ritual? No necesariamente, aunque desde afuera podría parecerlo. Es difícil llamar a este encuentro de otra manera. Pero para cada individuo en la sala, existe la conciencia momentánea del "acá y ahora". Esa simple conciencia es la meditación trekchö. Hay un punto en el que el trekchö se convierte en "no-meditación", y es ese momento en el que uno se identifica con la conciencia que está abierta a lo que sea que el karma le depare. Entonces uno continúa con el resto de sus 24 horas, establecido en esa identidad.

¿Suena eso como la conciencia ordinaria? Hagamos un descanso de 20 minutos acá. Un poco más de té para ustedes.